

VISPERAS DE NAVIDAD

por MARIA ROSA OLIVER

De Nueva York habían avisado que una tormenta de nieve tenía detenidos los aviones que esa mañana debían salir hacia el Sur. Por la pared de cristal del aeropuerto de Washington D. C., sólo se veía blancura; apenas, a lo lejos, una línea borrosa, que se diría hecha por un dedo empeñado en borrar algo escrito en la blancura, separaba la pista nevada del cielo lechoso.

Frente al ventanal, las butacas de cuero rojizo, colocadas en graderías formando anfiteatro, estaban casi vacías; alguno que otro soldado arrellanado en ellas, dormitaba con aire de haber pernoctado allí. Entre butaca y butaca, los ceniceros de cobre, sujetos al piso, estaban limpios todavía de colillas y ceniza. La sala de espera gris claro, cuya inmensidad acentuaban los listones cromados que en líneas paralelas huían hacia sus extremos subrayando ángulos, parecía contenernos como un acuario tibio, sumergido a su vez en el frío exterior.

Tocando con su cima el techo y colocado entre la pared de cristal y las butacas que la enfrentaban, un árbol de Navidad ocupaba el centro de la sala. Era un pino de los montes de Virginia y en su enramada verdinegra relucían con brillo metálico las esferas de vidrio rosa, celeste, lila o naranja, las guirnaldas de fleco plateado y las bombitas eléctricas multicolores. El árbol y la caja en que estaba plantado giraban lentamente a los acordes de varias canciones de Nochebuena que saliendo de un amplificador oculto llenaban el ámbito con sus gotas líquidas. Aunque con letra en inglés, la canción alemana "*Stille Nacht, Heilige Nacht*" se repetía cada media hora y sonaba, en esa víspera de Navidad del año 1942, como un llamado insistente a recordar que ni allí donde se originó la canción, ni en tierra alguna, sería esta una noche serena, una noche santa.

Del restaurante situado a un extremo de la sala y todavía iluminado con luz artificial, donde servían los primeros desayunos, llegaba ruido de vajilla y olor a café, a *doughnuts* embebidos en grasa y a huevos fritos. Por la puerta giratoria que daba a la calle, los porteros de color arrojaban hacia dentro montones de maletas que resbalaban sobre el linóleo del piso con chirrido arenoso, y entraban pasajeros, con cara de sueño y mal humor, que inmediatamente se dirigían por informaciones a uno de los tantos mostradores, del cual se retiraban luego con peor talante, para ir a sentarse resignados, bostezando y bien arrebujaos en sus abrigos, a leer un periódico, sin dejar de mirar, cada dos minutos, primero su reloj de pulsera y en seguida el embutido en la pared.

En sus pesados uniformes color bosta, entraron cuatro soldados. Formaban un grupo con centro y costados como el de ciertas figuras alegóricas de adorno, pero parecía como si el artista o artesano que la hizo no hubiese tenido imaginación sino para hacer la figura central, o como si hubiese estado cansado ya cuando le tocó acabar las otras cuatro. El uniforme ceñía bien el cuerpo un tanto macizo del soldado del medio, y no era únicamente el verde oliva de la tela del gabán junto al bronceado de la cara chata lo que en él recordaba un Gauguin, sino también los pómulos altos, los labios llenos y los ojos chicos, oblicuos, sin sombras. Caminaba abombando el pecho, con paso seguro y presuntuoso de matón de barrio, y era el único de los cinco que llevaba el gorro de dos puntas requintado en ese ángulo ilógico en que parece no caer por milagrosa travesura. Todo esto lo advertían sus cuatro compañeros. Pálidos o en exceso rubicundos, con caras angulosas y estrechas o regordetas e infantiles, parecían desdibujados en los uniformes con mangas demasiado largas o demasiado cortas para sus brazos rematados en manos pesadas, pecosas y huesudas. Ninguno sabía tampoco pararse en jarras, bien plantado, con los pulgares metidos bajo el ancho cinturón de cuero, como hacía el que ellos admiraban.

Porque sin duda alguna lo admiraban. Y no al héroe, desde luego, pues él, aunque llevaba en la manga del abrigo los galones de sargento, no lucía medalla alguna sobre el pecho, ni tampoco al hombre de raza distinta a la de ellos, puesto que por las calles de la Unión abundan aquellos en quienes las sangres de varios continentes e islas se han mezclado. Sin embargo, era evidente: lo admiraban.

Se sentaron en las butacas; él en medio; dos a cada costado. Parecía tener la palabra por otorgamiento divino: tan embobados estaban los otros al escucharlo. Hablaba lentamente, como quien está acostumbrado a que le presten atención, y cuando sonreía, mostrando unos dientes cuadrados, parejos, los otros reían a carcajadas.

Por un altoparlante resonó una voz: “¡Sargento Clarck, al teléfono!” Se levantó sin premura y con el ademán de quien concede favores dio a uno la carpeta de cuero que llevaba, a otro su bolsa de soldado, al tercero un sobre grande y al cuarto el manojo de periódicos.

Cuando se fue a telefonar, los otros quedaron mirando hacia adelante, sin hablar, con los ojos azules o grises desvaídos, fijos en el espacio vacío de la pista.

El sargento Clarck volvió a los pocos minutos y, con aire de despego, se sentó sin explicar nada. Estiró las piernas, se desesperó y pidió su bolsa de lona. Se quitó los guantes: la uña del meñique derecho era casi un centímetro más larga que las de los otros dedos, y en el anular llevaba una enorme turquesa engarzada en anillo de plata muy labrada. Comenzó a abrir la bolsa bajo las cuatro cabezas rubias inclinadas en actitud expectante. Sacó un collar de caracoles nacarados y, sosteniéndolo entre los dedos de puntas afiladas, lo balanceó levemente en el aire.

—*For Laura* —dijo muy serio.

Los otros se miraron y rieron con una complicidad que debió responder a asociaciones de ideas totalmente sin gracia para el sargento, pues no se movió un solo músculo en su rostro lampiño, pero dejó que examinaran el collar, que tocaran caracol por caracol, que hicieran sonar su ruido a cascarrones de porcelana, y luego, dejándolo caer en cascada sobre la palma de su mano izquierda, lo guardó en la bolsa. Hurgó en ella. Sacó un paquetito envuelto en papel de seda y de él un muñeco pequeño hecho de semillas bermejas, negras y amarillas, con la cabeza cubierta de pelo azabache erizado. Como si fuera una condecoración, lo apoyó contra la solapa de su gabán.

—*For Helen* —explicó.

Uno cogió el muñequito preguntando si era un dios, un demonio o un mono; otro lo hizo saltar en el aire sosteniéndolo por el elástico que tenía enganchado a la cabeza; el tercero le hizo jugar, con cuidado, cada articulación y el cuarto, entrecerrando los ojos, refregó contra su mejilla la cabecita en escobillón. En seguida

se lo devolvieron a su dueño, que lo envolvió concienzudamente en el papel de seda y lo metió en la bolsa, de la que extrajo una cajita de cartón blanco. La abrió y mostró una orquídea lila y púrpura, con hojas verdes, hecha toda de plumas. Sopló sobre ella para que recuperara la vaporosidad que el encierro le había quitado, separó con la uña del meñique un pétalo rebelde y, con ademán hierático de ídolo, sosteniendo la flor entre el pulgar y el índice, la apartó de sí para verla mejor.

—*For Lucy.*

Las cuatro caras se juntaron casi al inclinarse para mirar de cerca la flor que de tan frágil no se atrevían a tocar, pero el meneo de las cabezas demostró que aquilataban lo que un trabajo paciente había logrado: dar el encanto fresco de lo efímero a algo que no lo era. Cuando el sargento guardaba la orquídea en su caja de cartón resonó de nuevo la voz ronca por el altoparlante, llamándolo al teléfono.

Dejó la bolsa abierta sobre su asiento, y al irse pareció cortar el nexo que unía a los otros cuatro: con las pupilas cerradas en punta de alfiler a la luz que fundía la sala de espera con el exterior nevado, cada uno de ellos volvió a su mundo anterior; quizá al mostrador niquelado de un bar entre demasiadas manijas y mezcladores, al volante de un taxímetro en las calles de una ciudad negra de hollín, a la máquina de escribir o de calcular en una oficina atestada de cifras, a la trilladora mecánica en un campo cubierto de surcos... Ninguno miraba el árbol de Navidad ni parecía oír las canciones de Nochebuena: el color y el brillo, lo inesperado y lo sugestivo, todo lo que les significaba calor de emoción y vida libre de rutina, estaba condensado en el contenido de esa bolsa abierta allí, junto a ellos.

La telefoneada del sargento Clark fue más corta que la anterior y cuando volvió, con una satisfacción que su aire de indiferente superioridad no lograba ocultar, colocó la bolsa sobre sus rodillas, dispuesto a seguir mostrando lo que en ella había. El grupo se reconstituyó de nuevo en torno suyo. Muy del fondo de la bolsa extrajo una concha rosada y blanca que hacía parecer casi negra la mano morena que la sostenía. Era, en tamaño pequeño, la clásica valva estriada y de bordes ondulados en que los paganos colocaron a Venus saliendo del mar y los cristianos el agua bendita en sus iglesias.

—*For Myrna's jewels* —explicó el mestizo, sopesando la concha y haciendo jugar la luz en su fondo liso.

En los cuatro pares de ojos desvaídos parecieron reflejarse los destellos de las joyas que Myrna, con gesto lánguido, dejaría caer en la concavidad sonrosada: perlas, esmeraldas, rubíes, y no los tréboles de metal dorado ni los *pato Donald* en materia plástica que, para adornar su solapa, la muchacha compraría en alguno de los tantos almacenes en cadena, todos iguales, donde se avanza a empellones entre mitad casi de lo que en el mundo hay de comprable, respirando olor a cacahuets y a rosetas de maíz.

—*For Debohra* —dijo el muchacho, desdoblado un chal de seda.

La tela era liviana y flexible, con transparencia de hoja en otoño, y estaba cubierta de dibujos en tonos vegetales, sepias, oceres, sienas, de bordes indefinidos, como si la tinta al estamparlos se hubiera corrido un poco. Para mostrar la calidad de la seda, el sargento la arrugó hasta convertirla en una bola que cupo en el hueco de sus manos, y luego, como si esto no bastara, se quitó el anillo y, enrollando cuidadosamente el chal en su sentido transversal, lo hizo pasar de largo a largo por él.

Los cuatro soldados menearon de nuevo la cabeza maravillados, palparon la tela con fruición, acariciaron su textura como si fuese una piel tibia, mientras el mestizo, con superior despego, ensartaba en su anular el anillo de la enorme turquesa.

“¡Sargento Clarke, su avión está aterrizando!”, advirtió la voz por el altoparlante.

El que lo tenía se apresuró a devolverle el chal como si, desde el instante en que oyó el llamado, hubiera comenzado a quemarle la mano; igual premura nerviosa dominó a los otros tres. En cambio, la calma del sargento pareció aumentar. Dobló y guardó el chal de seda con ademanes pausados y también con pausa se puso los guantes, se levantó y, abombando el pecho, se echó la bolsa por encima del hombro derecho mientras con la mano izquierda tomó la carpeta, el sobre y el manojo de periódicos, que colocó bajo el sobaco.

—¡Jesús —exclamó al verlo pasar un hombre que, desparrado en su asiento, mientras hablaba con otro había estado observándolo—. ¡Mírelo usted —agregó rascándose perplejo la cabeza rubia, de pelo enmarañado— se cree el rey Baltasar en persona!

Flanqueado de sus cuatro satélites, el sargento Clarke marchaba ya corredor abajo, hacia la puerta de salida. No hubo abrazos ni palmoteos de espalda: cuatro apretones de mano, luego

de dejar la bolsa por un instante en el suelo, y una sonrisa cuando traspuso el umbral, con la bolsa de nuevo al hombro.

La puerta se cerró tras él. Los cuatro soldados, mirando hacia afuera, quedaron inmóviles, pegados a los cristales como las moscas en un día de tormenta.

Así se les veía desde la sala de espera donde el pino de Navidad seguía girando: sólo despegaron sus caras de los cristales cuando los acordes del *Stille Nacht*, *Heilige Nacht* fueron apagados, durante unos segundos, por el zumbido de un avión que levantaba el vuelo.

Buenos Aires, 1947.